

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Razonabilidad de la fe en Dios

21 de noviembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Avanzamos en este Año de la fe llevando en nuestro corazón la esperanza de redescubrir cuánta alegría hay en creer y de volver a encontrar el entusiasmo de comunicar a todos las verdades de la fe. Estas verdades no son un simple mensaje sobre Dios, una información particular sobre Él; expresan el acontecimiento del encuentro de Dios con los hombres, encuentro salvífico y liberador que realiza las aspiraciones más profundas del hombre, sus anhelos de paz, de fraternidad, de amor. La fe lleva a descubrir que el encuentro con Dios valoriza, perfecciona y eleva cuanto hay de verdadero, de bueno y de bello en el hombre. Y así es como, mientras Dios se revela y se deja conocer, el hombre llega a saber quién es Dios; y conociéndole, se descubre a sí mismo, su propio origen, su destino, la grandeza y la dignidad de la vida humana.

La fe permite un saber auténtico sobre Dios que involucra a toda la persona: es un "saber", esto es, un conocer que da sabor a la vida, un gusto nuevo por existir, un modo alegre de estar en el mundo. La fe se expresa en el don de sí por los demás, en la fraternidad que hace solidarios, capaces de amar, venciendo la soledad que tristece. Por ello, este conocimiento de Dios a través de la fe no es solo intelectual, sino también vital. Es el conocimiento de Dios-Amor, gracias a su mismo amor. El amor de Dios,

de vida. Intelecto y fe no son extraños o antagonistas ante la Revelación divina, sino que ambos son condición para comprender su sentido, para recibir su mensaje auténtico, acercándose al umbral del misterio. San Agustín, junto a muchos otros autores cristianos, es testigo de una fe que se ejercita con la razón, que piensa e invita a pensar. En esta línea, san Anselmo dirá en su *Proslogion* que la fe católica es *fides quaerens intellectum*, donde buscar la inteligencia es acto interior al creer. Será sobre todo santo Tomás de Aquino —fuerte en esta tradición— quien se confronte con la razón de los filósofos, mostrando cuánta nueva y fecunda vitalidad racional deriva hacia el pensamiento humano desde la unión con los principios y verdades de la fe cristiana.

La fe católica es, por lo tanto, razonable, y nutre confianza también en la razón humana. El Concilio Vaticano I, en la Constitución Dogmática *Dei Filius*, afirmó que la razón es capaz de conocer con certeza la existencia de Dios a través de la vía de la creación, mientras que solo a la fe le pertenece la posibilidad de conocer «fácilmente, con absoluta certeza y sin error» (DS, 3005) las verdades referidas a Dios, a la luz de la gracia. El conocimiento de la fe, además, no está contra la recta razón. El beato Juan Pablo II, en efecto, sintetiza en la Encíclica *Fides et ratio*: «*La razón del hombre no queda anulada ni se envilece dando su asentimiento a los contenidos de la fe, que en todo caso se alcanzan mediante una opción libre y consciente*» (n. 43). En el irresistible deseo de verdad, solo una relación armónica entre fe y razón es el camino justo que conduce a Dios y a la plena realización de la persona.

Esta doctrina es fácilmente reconocible en todo el Nuevo Testamento. San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto, sostiene, como hemos oído: «*Los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles*» (1Co 1,22-23). Y es que Dios salvó al mundo, no con un acto de poder, sino mediante la humillación de su Hijo unigénito: según los parámetros humanos, la insólita modalidad utilizada por Dios choca con las exigencias de la sabiduría griega. Con todo, la Cruz de Cristo tiene su razón, que san Pablo llama «*ho logos tou staurou*», ‘la palabra de la cruz’ (1Co 1,18). Aquí el término “logos” indica tanto la palabra como la razón, y si alude a la palabra es porque expresa verbalmente lo que la razón elabora. Así que Pablo ve en la cruz, no un acontecimiento irracional, sino un hecho salvífico que posee una razonabilidad propia y reconocible a la luz de la fe. Al mismo tiempo, él tiene mucha confianza en la razón humana,

rige todo el orden de la creación y del gobierno del mundo. Dios, único Creador del cielo y de la tierra (cf. Sal 115,15), es el único que puede dar el conocimiento verdadero de todas las cosas creadas en su relación con Él» (n. 216).

Confiemos, pues, en que nuestro empeño en la evangelización ayude a devolver la centralidad al Evangelio en la vida de tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y oremos para que todos vuelvan a encontrar en Cristo el sentido de la existencia y el fundamento de la verdadera libertad: sin Dios, el hombre se extravía. Los testimonios de cuantos nos han precedido y han dedicado su vida al Evangelio lo confirman para siempre. Es razonable creer; está en juego nuestra existencia. Vale la pena gastarse por Cristo; solo Él satisface los deseos de verdad y de bien enraizados en el alma de cada hombre: ahora, en el tiempo que estamos viviendo, y el día sin fin de la Eternidad bienaventurada.

(Llamamiento ante el agravamiento de la violencia entre israelíes y palestinos de la franja de Gaza y saludo a los peregrinos de lengua española)